

ANGEL GAMINARA

(1883 - 1960)

Dr. Rodolfo V. Talice

1.- Su vida y su familia.

Nacido en Montevideo, en 1883. Siguió los cursos de Primaria y de Enseñanza Secundaria.

Siendo aún liceal ganó un Concurso de *Ayudante de Historia Natural*, cargo que desempeñara con verdadera vocación de naturalista.

Los padres de *Gaminara* -como tantos otros de origen italiano- fueron los primeros pobladores del viejo Pocitos.

Esposo ejemplarísimo junto a Cora, muy querida. Lamentablemente con precoz sordera bilateral, que exigió una cariñosa adaptación de su esposo.

Madre de dos hijas, sumamente bondadosas: *Nenetta* y *Lila*, ambas casadas, ya fallecidas.

Esta última tuvo dos hijos que fueron excelentes nietos para *Don Angel*.

Su hermano *Donato* -el mayor- ingeniero muy vinculado al movimiento rotario, conquistó prestigio continental.

Otro hermano, *Agustín*, fue un estimado bancario.

El tercero, *Vicente*, se dedicó al comercio.

También tuvo una hermana casada con el Sr. Esteban Maggiolo.

Una familia muy unida, cuyos miembros todos merecieron el aprecio de la sociedad montevideana.

2.- Su carrera profesional y docente.

1905. Obtiene el primer puesto en el Concurso de *Practicante de Salud Pública* para actuar en el Hospital de Caridad.

1907. El graduado doctor *Gaminara* era, en esa época, el médico de mi familia, en especial de mi padre (que sufría una anemia perniciosa, entonces incurable).

A mí mismo me asistió cuando enfermé de sarampión (a los 8 años de edad).

1907-1934. Ejerció su profesión de médico y consejero familiar en Montevideo; conquistando sólida reputación por sus cualidades clínicas e intachable moral.



Prof. Dr. Angel Gaminara

Reclamado no solamente por la población de Pocitos (donde residiera) sino también en toda la capital. Fue, así, el facultativo de confianza de distinguidas familias capitalinas que confiaban plenamente en sus consejos.

Además desempeñó tareas de *cirujano en el Hospital Italiano* durante largos años.

También colaborador en la Clínica Quirúrgica del Profesor Alfredo Navarro.

1913. Designado *Profesor titular de Parasitología*, sucediendo al *Prof. Horacio García Lagos* (que ocupara la cátedra desde su inauguración, en 1906, al ser creada por el Decano *Prof. Alfredo Navarro*).

1913-1946. Participante activo en *Congresos Nacionales de Medicina*. Representa al Uruguay en varios panamericanos celebrados en la Argentina y en el Brasil.

1920-1934. Integra el *Consejo Directivo* de la *Facultad de Veterinaria* y el *Consejo Directivo* de la *Facultad de Medicina*.

1926. Designado *Jefe de Sección*, al estructurarse la nueva organización del *Instituto de Higiene*, que funcionara en el viejo edificio de Sarandí y Maciel, hasta su traslado a la nueva construcción (frente a la torre del Estadio).

1930. Representante de Costa Rica en el *Congreso Internacional de Medicina y Biología*, en ocasión del centenario de la independencia del Uruguay.

Década del 30. Miembro correspondiente de la "*Société de Pathologie exotique*" de París.

Miembro correspondiente de la *Academia de Medicina* de Buenos Aires.

1934. Después de 23 años al frente de la Cátedra titular, y 18 de la Jefatura de Sección, su prematuro retiro voluntario.

Razón invocada: su trastornada salud.

Razón real: jamás confesada...

Retiró la chapa profesional de su domicilio. Pero no abandonó totalmente su labor médica. Quería demasiado a la Facultad y al Instituto. Siguió concurrendo regularmente a la Clínica Endocrinológica a cargo de su buen amigo el *Prof. Alfredo Navarro* (hijo), *Profesor emérito* de la *Facultad de Medicina*.

1945. *Coordinador del Instituto de Higiene* (en una difícil encrucijada de su historia).

1945. Colocación de una *placa recordatoria* en el 3er. piso del Instituto (a la entrada del Dpto. de Parasitología).

1945-1946. *Presidente Interino honorario del Instituto de Higiene*.

1948. Clase simbólica a los egresados 25 años atrás.

1948. *Presidente de la Comisión Universitaria* de homenaje a *Larrañaga*, en ocasión del centenario de su fallecimiento.

1951. Nueva clase simbólica recordando la dictada 30 años atrás.

3. Su carrera científica.

Se preocupó siempre de doblar sus obligaciones de enseñante con sus actividades de investigación científica, aunque disponiendo de instalaciones e instrumental precarios.

1921. Recibe el *Premio Gallinal* por su trabajo, pionero en el Uruguay, sobre los vectores de la *Enfermedad de Chagas*, en especial la "vinchuca silvestre" (de pintas coloradas).

Entre 1913 y 1934 publicó unos 30 trabajos científicos (la mayoría acerca de temas parasitológicos).

También comunicaciones originales sobre taxonomía de Múscidos de interés sanitario; sobre miasis humanas, y otros relativos a la lucha contra la mosca doméstica.

Asimismo dirigió -en el *Ministerio de Salud Pública*- varias Comisiones, entre ellas la dedicada al control de insectos vectores de enfermedades.

Década del 30. Redacta una importante Memoria sobre "*Muscoideos uruguayos*" y la presenta a un Premio de la Facultad; pero, poco tiempo después, advierte en ella algunos errores menores, y con un gesto de probidad muy suyo retira su trabajo del Concurso.

Década del 30. Primeras observaciones sobre tumores amibianos del colon (ver capítulo 7).

4. El capítulo anecdótico.

El sentido clínico de Don Angel.

Una tarde, en la Facultad de Medicina, en el laboratorio del *Prof. Gaminara* -al cual yo, estudiante de 2º año concurría como ayudante honorario- el Profesor, terminada nuestra diaria labor, me dijo:

"Mire, Talice, mañana a las 10 de la mañana vaya al Hospital Italiano para irse preparando haciendo anestias. Estaré allí."

Por supuesto, poco antes de la hora fijada, temblando de emoción, allí estaba yo. Nunca había ingresado a un Hospital. Me "disfrazaron" de practicante (con túnica blanca y gorrito). Y *Gaminara* me invitó a seguirlo. Jamás olvidaré lo que viera y oyera en tal ocasión, para mí jalonaría.

Nos dirigimos a la "*Sala Sanguinetti*". El adelante; yo, no a su lado, más bien detrás de él. Se detuvo un instante a su entrada, con un pucho aún entre sus dedos, observando a escasos metros cierta escena llamativa. A la izquierda, en la cuarta o quinta de la larga fila de camas, un hombre adulto, -sin duda enfermo intrigante- era examinado por 6 médicos (dos de pie a la cabecera y cuatro sentados de uno y otro lado de la cama). A los pies de la misma se veía la camilla, retenida por las manos de aquella inigualable "hermana" *Cherubina* ("alma mater" del Hospital), con su respetable prestancia de mujer hermosa y corpulenta. Parecía decir con sus miradas: "Terminen, doctores, la discusión, y llevemos a ese pobre hombre a la Sala de Operaciones, donde está todo pronto".

La discusión, sin embargo, prosiguió unos minutos más, escuchada por *Gaminara*, atento, (estacionado siempre a la entrada) y por mí.

Seis médicos, cuyos nombres recuerdo, opinaban diferentemente acerca de la causa de aquel cuadro agudo.

El enfermo contraía por momentos fuertemente los músculos de su vientre, durante breves crisis dolorosas, lo que acaparaba la atención de quienes lo palpaban una y otra vez.

"Divertículo de *Meckel* perforado", aducía *Mérola*; simple apendicitis, opinaba *Piquerez*; *Ruvertoni* se inclinaba por úlcera gástrica; *Rinaldi Guerra* pensaba más bien en un proceso intestinal. *Badillino*, anestésista italiano, guardaba silencio.

El sexto colega -cuyo apellido se me ha borrado- permaneció también callado.

Fue entonces que el muy recordado experto cirujano e inolvidable Profesor que fuera *Lorenzo Mérola*, advertido de la cercana presencia de su amigo *Gaminara*, se dirige a él:

"Eh, *Angioletto* ¿cosa ha questo ammalato?"

Y *Don Angel*, al instante, retirando el pucho de sus labios, lanzó un dictamen que dejó estupefacta a la rueda galénica:

"Tiene un tétanos".

Y lo era, porque ninguno, salvo él, desde cierta distancia, supo no ceñirse a mirar el abdomen del enfermo sino abarcar su rostro, durante las crisis dolorosas, con sus contraídas mandíbulas en trismus.

La "hermana *Cherubina*" -con gesto aprobatorio muy disimulado para *Don Angel*- se aprestó, lentamente, a desplazar la camilla vacía en una dirección que no era la del quirófano.

¿Cómo podía, aquel absorto y novel estudiante hospitalario, no grabar el episodio (década del 20) en su memoria juvenil?

Sus colegas -con ojos más que con palabras- procedieron, de seguro, a ratificar el elevado concepto que, hacía tiempo, mantenían para aquel cofrade de singular agudeza práctica frente a cualquier difícil circunstancia clínica; y en lugar del bisturí (contra indicado) aquel paciente hubo de recibir el suero anti-tetánico salvador.

18 puntos (y no 20).

Otra anécdota significativa (cuyo protagonista principal fuera *Gaminara*).

Se realizan -en un Hospital montevideano- las pruebas del Concurso para Profesores Agregados de Patología Médica (convocado por nuestra Facultad de Medicina).

Varios aspirantes; todos relevantes. Sus exposiciones públicas verbales -de primera calidad- eran escuchadas por el Tribunal (de 5 miembros, incluyendo *Gaminara*), así como por practicantes e internos que colmaban el salón.

Uno de los concursantes (digamos F.) -de voz tonante, seguro de sí mismo, excelente expositor- provocó la general admiración de la audiencia al comentar el paciente que le correspondiera: un cardio-renal.

Finalizadas las pruebas, el Tribunal se retiró para deliberar largo rato, mientras la audiencia aguardaba su dictamen. F. -el brillante expositor, al cual todos creíamos el n° 1 de los 5 ó 6 aspirantes- recibía en dicha prueba sólo 18 puntos (sobre un máximo de 20).

Ello provocó -en el conjunto estudiantil asistente- una ola más o menos ruidosa de reproches al Tribunal, mediante ostensibles comentarios adversos.

Me abstuve de acompañarlos, guiado por una intuición centrada en *Gaminara*.

Esperé un rato, y cuando los miembros del Tribunal se disponían, separadamente, a dejar el recinto hospitalario, me acerqué a *Gaminara* (con quien ya estaba muy ligado) y le transmití, sin más, el asombro general por aquel puntaje de 18 atribuido a F.

Gaminara fijó sus ojos en los míos -como un buen padre que era para mí- y así me habló:

- "Escuchó Ud. la prueba que hizo F.?"

- Sí, toda ella, Profesor.

- El paciente, ¿era un cardio-renal?"

- Sí, Profesor, un cardio-renal del cual hizo un relato completísimo.

- "¿Y se dió Ud. cuenta que no mencionó el examen de orina en ningún momento?"

No supe qué contestarle. Ninguno de los entusiasmas en favor de F., tampoco lo habían tomado en cuenta. Y fue *Gaminara* -con su estricta practicidad profesional- quien advirtiera a los otros miembros, y aconsejara, rebajar el puntaje a 18 puntos, en lugar de los 20 propuestos previamente.

Comentarios huelgan sobre la moraleja del episodio, y con respecto al siempre mesurado e impecable criterio de *Gaminara*, puesto a prueba en tantas otras oportunidades.

La gripe del 18.

Gaminara -con *Ricaldoni* y otros profesores- integró la delegación uruguaya que, en 1918, concurriera al Congreso Panamericano de Medicina celebrado en Río de Janeiro. Empezó jubilosamente, pero no pudo epilogar porque coincidió con la famosa epidemia de gripe "la española", que asoló aquella capital (como a otras ciudades del mundo occidental).

La población, en su gran mayoría, cayó atacada por el mal. Los servicios públicos no funcionaban. Los pocos peatones circulantes caían a menudo muertos en la calle, asfixiados por edema pulmonar.

El pánico dominaba en todos los ámbitos de Río.

El hotel donde estaban alojados los delegados uruguayos carecía de personal. Sus residentes, aterrorizados, contemplaban, a través de las ventanas, el dramático desarrollo de los hechos en la vía pública. Desesperados -y gracias a los buenos oficios de la Embajada compatriota- pudieron obtener pasajes en un barco europeo que anclara unas horas en el puerto carioca, rumbo al Plata. Y más o menos sufrientes, también ellos, subieron a bordo del mismo, disparando de aquel "infierno gripal".

Desembarcados en Montevideo, se cobijaron en sus respectivos domicilios. En nuestra capital, asimismo, imperaba la gripe. Su intensidad no alcanzaba tan alto grado, aunque reinaba, también aquí, una alarma general.

Gaminara, afiebrado, atacado de aguda infección pulmonar, expulsaba mucosidades sanguinolentas que le producían justificada inquietud; e incluso tuvo pequeñas hemoptisis.

Solicitó ser examinado por *Ricaldoni*, Maestro máximo e indiscutible de la Medicina nacional, quien, pese a su físico en apariencia no robusto, había resistido al virus gripal reinante.

Examinó a *Gaminara*; lo auscultó cuidadosamente, escuchó su historia clínica, guardó silencio largos minutos (como era su costumbre), y se dirigió al ansioso por conocer su opinión, en forma muy escueta:

"Eso que espupa es hemoglobina, nada más; pronto estará sano", mientras le aplicaba su habitual palmadita sobre uno de sus hombros, antes de retirarse.

El mismo *Gaminara* me contaba: "Yo sabía que era sangre, lo que me inquietaba; pero dicho así por *Ricaldoni* reconfortaba y me hacía sentir mucho mejor".

¡Son palpitaciones!

Traspasado el medio siglo de vida, *Gaminara* comenzó a padecer trastornos cardíacos que fueron constituyendo un verdadero tormento.

En su mesita de luz había acumulado varias obras de cardiología, y una pila de jeringas, productos inyectables, recetas para situaciones extremas, etc., etc..

Vivía y dormía pendiente de su corazón alterado.

Ya en cama, a raíz de molestias crecientes, fue atendido solícitamente por colegas especialistas y por otros (vecinos de su barrio de Pocitos) que no conseguían calmar sus obsesiones acerca de eventuales "ataques cardíacos". Se resolvió -en determinado momento dramático- hacer una consulta con el Prof. *Pablo Scremini*, figura descolante en nuestro medio.

Llegó *Don Pablo*, con su silueta imponente de profesional austero, bien vestido, cabellera blanca, ademanes mesurados, pasos cortos. Sentado junto a la cama de *Gaminara* procedió a formularle preguntas.

Luego lo examinó con todo esmero. Sostuvo alargados momentos su cabeza sobre el pecho del enfer-

mo; le tomó varias veces el pulso, continuó observándolo con ojos entornados.

Se incorporó; aplicó su palmada al brazo de *Gaminara* y solamente esto dijo: "Son extrasístoles"; y se retiró al patio donde cinco o seis colegas aguardábamos impacientes la opinión del Profesor.

Lo rodeamos; se limitó a repetir:

"Son palpitaciones"; pidió disculpas y se retiró ceremoniosamente, sin premura, como habituaba siempre a hacerlo.

Permanecimos todos entremirándonos con un recuperado aire de tranquilidad inexplicable; y nos repetíamos: "son extrasístoles, nada más que extrasístoles".

Realmente ninguna novedad, puesto que todos sabíamos que *Gaminara* padecía de extrasístoles; pero aquella expresión, pronunciada pausadamente por el *Prof. Scremini*, constituía un lenitivo para el enfermo y para sus compungidos circundantes.

Don Pablo tenía, evidentemente, "le physique du rôle".

Gaminara durmió mucho mejor esa noche.

Estuvo bien ¿verdad?

Como en múltiples ocasiones, funcionaba el Tribunal de exámenes para estudiantes que habían cursado Parasitología. *Gaminara*, presidente; yo, a su derecha; y a la izquierda otro adjunto.

Desfilaron media docena de varones. Luego se presentó una llamativa representante del sexo femenino.

Rostro perfecto y mirada risueña, irradiante de simpatía.

Me correspondía interrogarla en primer lugar. Sus respuestas fueron casi todas lamentables, aunque las sincronizaba con gestos faciales realmente atractivos.

Advertía en tanto -de reojo- que *Gaminara* no dejaba de contemplarla.

Terminado mi cometido, le tocó el turno a *Don Angel*.

Fomuló una pregunta a la joven. Fue contestando con evasivas, revelando bastante ignorancia sobre el tema, mientras *Don Angel* -extasiado ante su hermosura- se limitaba a escucharla, hasta que finalmente pronunció el consabido: "puede retirarse, Señorita".

Los tres miembros del Tribunal, dispuestos a intercambiar opiniones. *Don Angel* tomó la palabra para decirnos:

"Estuvo bien ¿verdad?"

No pude menos que agregar:

"No, profesor, *está* muy bien; pero no estuvo nada bien".

No costó ningún trabajo convencerlo que no quedaba otro remedio que reprobarla, muy a pesar nuestro.

Advertencia: este episodio no altera ni una pizca la honorable figura de *Don Angel*, carente seguramente de antecedentes donjuanescos o de los otros más concretos; y además monogámico reconocido.

Decisivos los pelos del conejo.

En la década del 10 se presenta a concurso de pruebas para un cargo de Profesor en Enseñanza Secundaria. Competía con otro aspirante. A ambos al mismo tiempo, y en el mismo laboratorio, en presencia del Tribunal, se les fijó la disección de un conejo (uno para cada uno). Eran dos bellos ejemplares de largos pelos blancos. *Gaminara* -sentido práctico mediante- inició su prueba mojando muy bien con agua la piel del animal anestesiado; lo que le permitió efectuar sin inconvenientes una perfecta disección.

Al otro concursante no se le ocurrió idéntica manobra; muy simple aunque de suma importancia.

Sucedió que, al ratito, se vio forzado a soplar continuamente los pelos que se le introducían en la herida dificultando bastante su disección.

Lo peor resultó cuando esos pelos empezaron a esparcirse por el aire del laboratorio, molestando a los miembros del Tribunal, obligados a movilizar sus manos sin cesar para alejarlos de sus rostros... y no respirarlos!

Cabe imaginar el rotundo triunfo de *Don Angel*.

Un incidente alfalfero.

Retirado *Gaminara* de su Cátedra y jubilado en su profesión -que ejerció con gran dignidad- gustaba, a veces, acompañarme en mi auto, mientras yo recorría el barrio de Pocitos cumpliendo tareas profesionales (clínicas y de laboratorio).

Y aquí viene la anécdota.

Cierta mañana detuve mi vehículo detrás de uno de aquellos carros de cuatro ruedas que se encargaban de repartir atados de alfalfa a domicilio.

Bajé del auto para ingresar a la casa del paciente, mientras el Profesor me esperaba dentro del auto. Minutos después, cuando regresé, encontré al Profesor -hombre tranquilo por demás- defendiéndose verbalmente contra los improperios que le prodigaba el alfalfero indignado.

¿Qué pudo haber sucedido?

Pues que el Profesor, mientras aguardaba mi retorno, a la vista de las alfalfas se le ocurrió descender para arrancar un puñado, cuyos atados se apilaban en la parte trasera del carro. ¿Por qué motivo?

Había leído días atrás, en páginas de una revista francesa, que la alfalfa cruda contenía vitaminas favorables para el metabolismo de personas de la 3a. edad.

Inocente intención, por lo tanto, que el alfalfero interpretaba torcidamente.

"Ud. quiso robarme un atado de alfalfa. Ud. es un ladrón, etc."

Don Angel se defendía al límite de su paciencia.

"No señor, era para comer yo un poquito, ¿no ve cómo la mastico?"

¿El qué? ¿Comiendo alfalfa?

Por favor, no haga chistes.

Ud. aprovechó mi ausencia y pretendió sacarme un atado del carro".

Me costó bastante convencerlo!

5.- Su amistad con Francisco Nicola Reyes.

Jalonó un lapso muy destacable de su historia.

Desde el momento que aquel colega quedara parapléjico (a raíz de un balazo hecho por el padre insensato de un hijo internado en el Hospital Pereira-Rossell), *Gaminara* se convirtió en un protector consecuente de Pancho, en su fiel acompañante, en su padre espiritual.

Cuando Pancho ocupara su vivienda frente a la Rambla de Pocitos, *Gaminara*, cada día, iba a visitarlo, a dialogar con él. Procuraba llevarle cuanta visita de personas compatriotas podían interesarle. Igualmente personajes de todas procedencias y especialidades.

Incluso, en el recinto apropiado instalado para Nicola, *Gaminara* fue repetidas veces el promotor de

pequeños actos artísticos, sin duda alegrantes para aquél.

Se mostró, pues, *Don Angel*, un verdadero id. para *Pancho*, durante 23 años.

Su hondo sentido humano hubo, entonces, de concretarse con asiduidad y un fervor conmovedor.

Tuve la satisfacción -gracias a *Gaminara*- de ser varias veces el disertante o comentarista para Nicola que, con una energía supra humana, sabía escuchar atentamente, preguntar y opinar sensatamente, siempre muy bien informado.

6. Otras referencias.

1961. Alocución de Talice en el primer aniversario de su fallecimiento.

"Sra., hijas y familiares estimados del Maestro, una vez más reverenciado; Sr. Decano,

Sres. Profesores, Compañeros y Funcionarios del Instituto de Higiene.

Sras. y Sres.

La Comisión Directiva del Instituto de Higiene y el Directivo Central de la Universidad, tras unánime acuerdo aprobatorio, encaminaron la iniciativa surgida en la Cátedra a nuestro cargo, concretada mediante el presente homenaje póstumo tributado a quien, tan amplia y notoriamente, lo acreditara en vida a su favor.

Fueron 27 años, y densos, de consagración a la enseñanza!

De consagración misionera como pocas: cabal, honesta, fervorosa, *in vero conscienciae*.

Seame permitido -de su trayectoria- una rápida evocación.

Corría el 1905.

El entonces joven interno del Hospital de Caridad, -el primero de su promoción- un año antes de graduarse médico-cirujano, a raíz de un memorable Concurso de Oposición obtiene la única Cátedra de Historia Natural existente en Secundaria, función que desempeña hasta su dimisión voluntaria, hacia 1911.

Semejante punto de partida ¿era la inclinación que lo guiaba? ¿o la vocación que lo llamaba?

Aparece narrado, por él mismo, con habitual franqueza -*bona fides*- muchos años más tarde:

"Si bien en mi alma de estudiante ya había notado más aptitudes para las ciencias que para las artes... fue un hecho casual el que me situara en la vía de la docencia... intervino en él -como principal protagonista, un viejo camarada" (señalo con emoción su presencia aquí entre nosotros).

"Finalizado el 904 -el de la guerra civil- decía textualmente Gaminara en ocasión de su jubileo, aglutinando remembranzas "todos sentíamos esa alegría que sucede a la tristeza y a la incertidumbre de los días aciagos... teníamos anhelo de... prosperidad,... de estudio, después de haber pasado dolores y miserias".

"Una tarde de vacaciones me encontraba yo con el actual Profesor Surraco, querido amigo de la infancia que todavía me acompaña tanto en las horas de amargura como en las de felicidad... íbamos caminando hacia el Club de Remo... cuando me anunció el llamado a Concurso para la Cátedra de Zoología y Botánica, animándome a prepararme... al principio deseché la idea... sin embargo y en otras conversaciones, terminó por convencerme y en seguida me puse a trabajar intensamente..." Así empezó a inculcar ideas, hechos y normas!

1909. El "Curriculum vitae" atestigua:

Profesor interino de Historia Natural Médica y Parasitología de la Facultad de Medicina.

Titular desde 1913 hasta el 34.

Su apostolado docente no queda circunscrito a la disciplina básica, pues alterna con igual celo -como jefe y asistente luego- en el Servicio de su siempre venerado patrón, el grande y relevante Profesor Navarro.

Añádase a ello su labor de "cirujano-meritissimus" también instructiva, también brillante, en ese Hospital Italiano a donde concurría durante casi 5 lustros de su existencia.

Y la docencia parasitológica se dobló, constantemente de otra paralela, no menos diestra y relevante, en el campo de la investigación experimental, intensificada durante la Jefatura de Sección -ahora Departamento de este nuestro Instituto- que él creara, impulsara y regenteara a lo largo de 20 años.

Alguien, de los muchos que tuvieron el privilegio de ser alguna vez sus discípulos ¿podrá, acaso, olvidar la impresión que dejara frente a las mentes adolescentes, el magister, el educador y el hombre?

...en su derrochar de ciencia y de conciencia, jamás despojado de una peculiar sensatez y de un firme sentido práctico.

En corto tiempo -bien lo expresara el Prof. Berta, *alma mater* de esta casa- conquistó para su Cátedra un prestigio y una dignidad envidiables.

Claridad meridiana en los conceptos, entusiasmo contagioso, verba fácil, veraz, sobria, atrayente, libre de ampulósidades y de perifrasis inútiles, menciones fidedignas, oportunas, personales por su sello, nada de alardes eruditos, comparaciones felices, y, sobre todo, compenetración espiritual con cualquier auditorio.

Por eso lograba mantener en pie el interés del oyente más reactivo e intolerante, incluso si se trataba, nada menos, que de explicar veleidades en el ciclo biológico del ahora mentado "saguaypé", o de interpretar esas claves endiabladas que los naturalistas han estructurado para clasificar insectos nocivos o no.

Cabría aludir, en el instante, a su temprano cuan sorpresivo retiro oficial del cuerpo docente universitario, ocurrido en el 34, apenas pasada su cincuentena, por íntimos motivos que valdría la pena analizar.

Deseo confesar públicamente -dada mi especial situación en la emergencia- que dicho renunciamento configura, a mi entender, un gesto generoso más del mentor superior que era Gaminara; un nuevo nombre de honor a inscribir en los anales de nuestro profesorado médico.

Pero -harto lo sabemos quienes seguimos la conducta ejemplar de Don Angel- que tal decisión no había de significar el sosiego de sus inquietudes universitarias ni una tregua a su pasión por enseñar.

Lección magnífica la del 39, rica en auténtico contenido científico y desbordante de honradez intelectual, aquella réplica sabrosa leída serenamente ante la Sociedad de Cirugía en ocasión del famoso debate sobre los tumores inflamatorios del colon de origen amibiano.

Forma de máxima docencia resultara su actuación, ungido Presidente de la Asamblea del Claustro en 1945.

Magisterio técnico y deontológico difícil pero ecuánime, su ejercicio temporal de la Dirección de este Instituto, agitado en el 47 por convulsiones internas.

Preceptor genuino en momentos de agradecer a los Consejeros su designación de Profesor Emérito y definir los deberes del pedagogo:

"Aprender lo más posible, aplicar y enseñar todo lo que se sabe".

No fueron tales, en su caso, simples frases vanas, y aseveraba a continuación:

"Sólo la invariable razón de las cosas, aplicada a la época en que se vive, puede dar la solución a muchos problemas docentes que se suscitan entre el estudiantado y las autoridades".

Igualmente, aquella su clase simbólica, dictada a los colegas que festejaban los 30 años de ingreso a las aulas, cuando decía sentir: "el renovar de las viejas inquietudes preñadas de fe en el triunfo" o en el trance de referirse a la Facultad como "el templo material de nuestras mayores devociones".

Docencia, asimismo, de suprema abnegación -profesional y fraternal- incansable, silenciosa, casi samaritana, desde el primer al postrer minuto, la ejercida a la vera de un lecho, el del pobre, del heroico Pancho Nicola Reyes.

Instrucción diaria, en un dar de sí mismo, incluso en aquellas tardes del domingo, mientras recorría, dichoso, los senderos de su chacra, trocado en campesino, sin perder nunca ocasión de divulgar, a quienes lo acompañaban, algún secreto muy suyo acerca de la técnica de esta poda o aquel injerto.

Sras. y Sres.:

Al conjuro de un homenaje de rotunda justicia nos hemos congregado frente a esta puerta.

Homenaje, sí, -al "homo agere" de los cultos latinos de antaño porque envuelve la idea común de seres que obran, que se agitan, que obedecen al imperativo de mostrarse solícitos para manifestar rendimiento a la memoria nítida del alejado.

Actitud de acato a su talento, a sus virtudes, para los que aún estamos andando sobre la tierra... proclamándolo!

Aspiración para nosotros, los esperanzados: que a través del tiempo y el suceder de las generaciones, al iniciarse cada año lectivo no deje cada alumno de fijar, siquiera un instante, sus pupilas en esa placa, que dice tanto en su obligado laconismo; que así lo haga antes de franquear la entrada de este salón de clases; que cada uno ojalá pueda comprender o imaginar su significado, o al menos, curioso, inquirir, preguntar... y entonces, allí dentro, que no haya un solo colega que no sepa repetir: sí, estudiante; Angel Gaminara fue todo un Señor de la Didáctica íntegra; mas no supo de togas ni de insignias, reconocido caballero de la cruzada de la verdad, bueno y justo; antes justo, después bueno.

Ningún profesor que no sepa repetir: honró a la Casa de Estudios que amó y sirvió lealmente; honró

al gremio de la muceta amarilla al cual perteneciera; honró la escuela que procura seguir su estela mirando hacia arriba.

De sus antepasados recibió un caudal de honra -el de una sangre sana emanada de la ribera mediterránea -y transmitió esa honra a los que heredaron, con legítimo orgullo, su nombre "sans tache".

Sí, así fue este hombre; sí, así debe ser; ¡qué así sea! para nuestro bien".

7. El problema de los tumores amibianos del colon.

Constituye un capítulo relevante en la vida científica de *Gaminara*. Sin duda uno de los más destacables por su trascendencia.

No recibió, sin embargo, la debida difusión en nuestro medio. Cuestionada su prioridad, obligó a *Gaminara* a intervenir en hondas polémicas matizadas de aspectos personales disgustantes.

La documentación a mi alcance es tan abundante como fehaciente. Por su extensión y calidad merece una publicación especial, quizá dentro de nuestra Sociedad de Historia de la Medicina.

Me limito, pues, a una apretada síntesis de los hechos principales que ponen en claro la indiscutible prioridad clínica de *Gaminara* en el asunto y, asimismo, su intachable honestidad siempre reconocida por sus colegas todos.

Datos cronológicos:

1916. *Ricaldoni y Berta* publican, en los "Anales de la Facultad", su Memoria jalonaria sobre la existencia de la *Amibiasis* en nuestro país.

1918. En los mismos "Anales" aparecen dos historias clínicas, una de *Gaminara* sobre el primer caso de tumor amibiano autóctono; otra, de *Lasnier*, sobre la *anatomo-patología* del mismo caso.

Entre 1918-1939 publicaciones sobre varios casos más, no operados, firmados por *Gaminara* y *De Boni*. Los tumores amibianos empezaron a llamarse aquí: "tumores de *Gaminara*" o "tumores de *Lasnier*".

1939. Se lee en la Sociedad local de "Anatomía-*Patológica*" un folleto titulado "Los tumores inflamatorios amibianos de *Lasnier*".

1944. *Gaminara* comunica a la *Sociedad de Cirugía* un extenso informe documentado sobre el tópic, en presencia de numerosos colegas, entre ellos *Lasnier*.

El debate se hace libre. Se espera la respuesta, pero *Lasnier* se limita a decir que la dará por carta a enviar a la *Sociedad de Anatomía-Patológica* (lo que nunca se produjo).

En resumen:

La prioridad del hallazgo *post-mortem* de amibas, en los cortes microscópicos del tumor extirpado, corresponde a *Lasnier* (la que nunca fue negada por *Gaminara* en sus escritos); pero la prioridad clínica: observación del enfermo, evolución de los síntomas, examen de heces con comprobación de amibas vivas características, tratamiento con emetina (sin operación), son hechos que pertenecen indiscutiblemente a *Gaminara* y sus colaboradores.

8. Resumen.

Personalidad singular, jalonaria en el historial médico uruguayo del siglo 20, puede considerarse la que configuró *Don Angel Gaminara*.

Me siento realmente honrado en el trance de redactar esta breve crónica de su vida y de su obra ejemplares.

Fuí su enfermo cuando niño, y su alumno en 1918 al iniciar mis cursos en la Facultad de Medicina.

A partir de 1920 -sin pausas y hasta su muerte- me convertí en su más allegado y firme discípulo. Quiso el destino que fuera yo, en vida aún, de *Gaminara*, el sucesor en su Cátedra.

Fue para mí, al mismo tiempo, profesor, mentor, preceptor, padre espiritual y verdadero amigo.

Hube, pues, de ir acumulando hacia él una profunda gratitud, especiales y respetuosos sentimientos de veneración sincera. Más de una vez hube de confesar que "le debía lo mejor de lo que sabía y lo mejor de lo que era".

A través así de 40 años de convivencia ininterrumpida y sumamente estrecha, se me hace difícil trazar los rasgos salientes de *Don Angel*, apartado de subjetivismos traidores.

De mediana estatura, siempre delgado.
Rasgos faciales regulares, expresivos de un temperamento tranquilo sin altibajos.
Gestos mesurados y pausados.
Conviviente siempre; nunca colérico.
Equilibrado en sus opiniones.
Modesto a carta cabal.
Nunca persiguió honores ni diplomas.
Tolerante para los errores ajenos; intolerante para los propios.
Arraigado sentido de equidad.
No se cruzó en el camino de nadie.
Inculcó normas éticas sin descanso; a toda hora y en toda situación.
Enemigo de disputas y peleas verbales.
Poseedor de cierto humanismo que se traduce por giros de raíces genovesas (las de sus antepasados).
Frugal en el disfrute de los bienes materiales que la vida ofrece.
No aspiró a riquezas ni a lujos.
Amó la cultura como fuente de satisfacción, especialmente la musical (y gustaba manejar su violoncelo y organizar en su domicilio pequeños conciertos disfrutantes para los pocos invitados).

Así transitó por el mundo este hombre, en apariencia sencillo, que albergaba una gran riqueza interior.

Pudo aspirar a legítimas más altas situaciones en el campo galénico o en el social. Las rehusó sin mayor esfuerzo.

Puedo testimoniar, por ejemplo, una declaración espontánea que escuchara del insigne Prof. Alfredo Navarro:

Fue el más diestro de todos mis ayudantes y colaboradores, pero nunca se mostró muy dispuesto a trabajar intensamente para superarse".

Dejó, Angel Gaminara, un enorme recuerdo de cariñoso aprecio en nuestro medio.

Su recuerdo no se borra en quienes lo conocieron.

Tres discursos de Gaminara

(Nota de la Redacción)

El Profesor Talice nos ha proporcionado ocho discursos de Gaminara, pronunciados en oportunidades de diversa índole.

Hemos seleccionado los tres siguientes por su indudable interés para la historia de la medicina uruguaya, en virtud de las personalidades y los episodios evocados.

Al dejar la Cátedra

(En respuesta al homenaje tributado en el Instituto de Higiene)

Mis palabras no pueden ser, en este momento, más que de agradecimiento hacia los amigos que han deseado compartir la íntima emoción que me ha producido el homenaje tributado a la memoria de mi modesta actuación como Profesor de Parasitología en la Facultad de Medicina y como Jefe de Sección del Instituto de Higiene.

Yo pedí insistentemente a los culpables de esta fiesta, que sólo asistieran a ella los colegas y amigos que de una manera más o menos directa hubieran estado vinculados a mi vida universitaria, pretendiendo así que esta reunión no represente un agasajo individual sino que sea la fiesta común de un grupo de colaboradores que habían contribuido generosamente a realizar la obra cumplida por una persona.

Entiendo que un profesor de medicina no es solamente un gestor espiritual en el ambiente de sus actividades, como que es también un hijo espiritual de ese ambiente.

El genuino, verdadero intelectual docente, no se debe exclusivamente a sí mismo en todo lo que es y en todo lo que sabe. El medio donde actúa; la educación que ha recibido de sus padres y de sus maestros; el clima y el momento que le ha tocado vivir; el estímulo de los amigos; la lucha con los rivales; la apatencia de sus alumnos, son los factores determinantes de sus éxitos o de sus fracasos.

Y si es un autodidacta, con mayor razón sufre la acción del medio que lo rodea, pues éste ha sido el principal molde donde se ha forjado su modalidad espiritual.

Y si bien la vocación orienta casi siempre al espíritu hacia su destino fatal, algunas veces es un hecho casual o una oportunidad lo que despierta la aptitud o dirige la acción hacia ciertas disciplinas.

Hoy que es un día de franca expansión, en este clima de amistad y en este ambiente de camaradería, me siento inclinado a revelar, (y permitidme que lo haga), ciertas incidencias de mi vida que han culminado en este epílogo tan agradable y tan honroso.

Mi orientación hacia las ciencias naturales fue el fruto de la casualidad; pues si bien en mi alma de estudiante yo había notado más aptitud hacia las ciencias que hacia las letras, fue un hecho casual, en el cual intervino como principal protagonista un viejo amigo aquí presente, el que me inclinó a la docencia de la Historia Natural.

Finalizado el año 1904, nuestro país tuvo un resurgimiento hacia la prosperidad, después de todas las vicisitudes de una guerra civil larga y cruenta. Todos sentíamos en el corazón esa alegría que sucede a la tristeza y a la incertidumbre de los días aciagos.

Todos teníamos anhelo de trabajo, de estudio, de prosperidad, después de haber pasado penurias, dolores y miserias.

Una tarde de vacaciones iba yo con el actual Profesor Surraco, viejo amigo de la infancia que todavía me acompaña tanto en los dolores como en las alegrías. Ibamos, digo, caminando hacia el Club de remo donde diariamente hacíamos deporte, cuando me anunció que se llamaba a concurso para la cátedra de Zoología y Botánica en la Universidad, y me animó a presentarme.

Al principio deseché la idea porque estaba preparándome para el internado cuyo concurso debía realizarse en los primeros meses de 1905, y el de Zoología era a mediados de año.

Sin embargo en otras conversaciones me convenció que debía presentarme al concurso de la cátedra, y enseguida me puse a trabajar intensamente para los dos concursos.

Hice un viaje a Buenos Aires, con objeto de buscar libros y pedirle consejos al amigo de la infancia, actual profesor de Anatomía en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, Dr. P. Belou, quien ya era autor del primer tratado americano de Parasitología y tal vez uno de los pocos del mundo en aquella época (1903).

Belou me dió muchas y muy buenas indicaciones; en ese viaje descubrí aquel excelente libro de Botánica que tanta fama tuvo después en nuestra Universidad; me refiero al "Cours de Botanique" de Colomb, el libro didáctico por excelencia que me permitió conquistar tantos éxitos en mis primeras lecciones universitarias.

El internado y la docencia ocuparon todo el tiempo que me dejaba libre el estudio de la Medicina durante los años 1905 y 1906.

Traté de objetivar lo más posible la enseñanza de la Zoología y Botánica interesando a los alumnos con la observación de material natural, a menudo vivo; o realizando disecciones y demostraciones biológicas que despertaban interés por la novedad.

Así, enseñando, aprendí a observar y a experimentar.

En aquella época sucedió otro acontecimiento en la Facultad de Medicina. La vieja Historia Natural Médica que habíamos estudiado aprendiendo de memoria los detalles morfológicos y la complicada reproducción de todas las familias de Hongos y Algas conocidas, fue sustituida por la flamante Parasitología que surgía como promesa halagadora en la dilucidación de enigmas etiológicos muy diversos.

Era entonces Decano de la Facultad Alfredo Navarro, este maestro que respeto y venero desde hace más de 40 años, a quien debo tanto de lo que fui, como médico, como hombre y como profesor; a cuyo lado siempre se aprende algo nuevo ya sea en el orden moral, en lo material o en lo intelectual.

Mi padre orientó mi vida durante la niñez y durante la adolescencia; me dió muchos y sanos consejos siendo ya hombre; pero Navarro fue quien forjó mi alma de médico y me enseñó a enseñar.

Fue Navarro -entusiasmado con aquellas sabias lecciones con las que desde la Cátedra de Parasitología de la Facultad de Medicina de París el profesor Blanchard llamaba la atención y deslumbraba a estudiantes y médicos del munto entero- quien implantó durante su primer Decanato, de acuerdo con el Profesor de la materia en nuestra Facultad Dr. H. García Lagos, la enseñanza de la nueva Parasitología, rompiendo los viejos moldes, y transformando así una árida y engorrosa materia en una interesante disciplina de gran importancia médica, cuyo conocimiento es hoy indispensable.

Cuando en 1909 yo tuve que dictar por primera vez el curso de Parasitología en la Facultad de Medicina, ya García Lagos hacía la enseñanza de la asignatura con orientación exclusivamente médica, pues la importancia que habían adquirido los parásitos como causa o como vinculadores de enfermedades era tan grande que su estudio ocupaba todo el tiempo.

Durante los primeros años del siglo surgieron parasitólogos en todos los países del mundo, y la parasitología fue creciendo rápidamente por las importantes conquistas realizadas.

Había llegado el momento en que cada cual estudiara los parásitos autóctonos, investigando su presencia, su frecuencia, sus modalidades y su acción patógena.

A mí me tocó la suerte de vivir esa época inicial de nuestra parasitología. Y todos los principios son duros, especialmente para un auto-didacta, por aquello de que nadie es profeta en su tierra.

Cuando la Facultad de Medicina ocupó su nuevo edificio en la Avda. Gral. Flores, el laboratorio de Parasitología que con tanto amor había creado el Prof. García Lagos en la vieja Facultad, quedó sin local, olvidado y desmantelado. Sus muebles y sus elementos de enseñanza fueron al depósito, y la cátedra quedó sin laboratorio.

Después de una laboriosa gestión conseguí el local que todos Uds. conocieron, en el pabellón destinado entonces al Instituto de Higiene, aún sin terminar y sin miras de poder ser habilitado.

Así conseguí instalarme provisoriamente en aquel salón sin luz eléctrica, sin agua y sin cloacas, pero con un gran entusiasmo de aprender y de enseñar la nueva parasitología.

Ayudado en la cátedra por este otro amigo que desde entonces está siempre a mi lado, velando por mí con un afecto que seguramente jamás podré retribuir.

El actual profesor Dr. Torres de la Llosa sentía ya siendo estudiante, una vocación irresistible hacia la Historia Natural y era el único que compartía conmigo las tareas docentes y la ingrata labor de aquel momento, de buscar y estudiar nuestros parásitos autóctonos. *Nadie nos ayudaba. Los pedidos de material de estudio caían en el vacío. Recuerdo que de 150 cartas enviadas a los colegas de campaña, tuve una sola respuesta, prometiendo mandar algo.*

Las autoridades de la Facultad no se percataban todavía del incremento de la Parasitología, no facilitaban medios de estudio.

¡Cuántas veces tuvimos que alumbrarnos con una vela, al llegar la noche, para continuar un trabajo emprendido durante el día!

¡Cuántas veces, -por carecer de peón para la limpieza- tuvimos que baldear nosotros mismos el piso para no ahogarnos en el polvo depositado en un edificio abandonado!

Después vinieron tiempos mejores: el primer decanato de Ricaldoni; el segundo de Quintela, fueron más comprensivos para las necesidades de la enseñanza de la Parasitología.

Se dió al laboratorio de Parasitología los elementos que necesitaba; se transfirió la enseñanza al 3er. año de estudio; y se comenzó a realizar obra docente y de investigación.

Vinieron también otros entusiastas ayudantes: Ergasto Cordero, Rodolfo Talice, Valentin Cossio, Rincón Artigas, Radamés Costa; todos compartieron la labor y la alegría de los tiempos.

Tuve eficaces colaboradores en ciertas investigaciones parasitológicas: Mario Rinaldi, Lorenzo De Boni, Rodolfo Talice, Juan L. Mackinnon compartieron conmigo la firma de algunas publicaciones.

Con material adecuado y con colaboradores entusiastas y sagaces, fue relativamente fácil iniciar la investigación parasitológica, que se brindaba todavía virgen en nuestro medio; y pudimos rápidamente estar en condiciones de saber cuales eran los parásitos más frecuentes en el país, para hacer obra didáctica eficiente, enseñando a los alumnos lo verdaderamente útil y de aplicación práctica en el desempeño de su profesión.

Confieso que una de las mayores satisfacciones de la vida ha sido para mí dar una clase, frente a un salón repleto de alumnos, con hambre de saber, atentos al discurso, entusiasmados con las demostraciones y convencidos que si bien lo enseñado era raro y era nuevo, debía ser importante porque era nuestro, era autóctono.

Poco a poco lo raro se fue haciendo frecuente y lo nuevo se fue haciendo banal.

Hoy ya nadie niega la importancia de nuestra parasitología, y en manos tan expertas como son las de su profesor titular Dr. Talice, de sus agregados Dres. Cordero y Costa, así como de ese enjambre de colaboradores, el fuego sagrado del entusiasmo no se apagará.

En otras actividades médicas tuve amigos fieles y nobles: Lorenzo Mérola, Alfredo Méndez, César Bordoni Posse, Francisco Ruvertoni, fueron verdaderos animadores en las épocas duras.

Mis compañeros de año, siempre unidos desde la infancia, y a pesar de haber visto mermadas sus filas con la desaparición de algunos tan queridos como Mario Simeto, Cuervo y Enrique Méndez, siguen apretando los codos para defender mejor el grupo. Con Berta, Carrau, Colistro y Rosello mantenemos el mismo afecto de toda la vida.

Mi última actividad universitaria fue la de desempeñar la Jefatura de Sección del Instituto de Higiene, y desde ese cargo tuve el honor y la satisfacción de merecer la confianza, el aprecio y la ayuda de todo su personal.

Tanto su dignísimo Director, el Prof. Arnoldo Berta, que siempre supo atender mis pedidos y estimular mi labor, como los demás técnicos que facilitaron mi trabajo todas las veces que su contribución les fue solicitada, han representado para mí un inestimable apoyo en mi modesta actuación.

Deseo dejar expresa constancia de mi más profunda gratitud hacia todos ellos.

Como veis, Sres., por la historia que acabo de hacer no puedo considerar esta fiesta exclusivamente mía, pues en gran parte ésta es también vuestra y en ese sentido la he aceptado.

Agradezco de todo corazón el pequeño saldo que en el balance me corresponde, pero repito que la parte principal es patrimonio de vosotros, verdaderos animadores y colaboradores de la obra que habéis encontrado en mi modesta actuación, como Profesor de Parasitología y como Jefe de Sección del Instituto de Higiene.

Muchas gracias.

La hermana "Cherubina"

Esta "hermana" del Hospital Italiano -singularísima persona por su calidad técnica y la bondad de su alma- mantuvo una relación muy humana con Don Angel, así como con otros médicos del "Ospedale" capitalino.

He aquí la alocución que pronunciara Gaminara en ocasión de cumplir sus bodas de plata como enfermera:

"En los tiempos que vivimos, como es tan difícil discernir lo bueno de lo malo; como el mal no solamente se perdona -lo que es justo y humano- sino que por algunos se estimula y hasta se loa, resulta casi paradójal una reunión como ésta cuyo único fin es tributar un homenaje a la bondad.

Es que los sentimientos buenos y nobles perduran aún -a pesar del poco estímulo que reciben en la fervorosa civilización moderna- y su culto todavía palpa al calor del hogar humilde y respetuoso para manifestarse en todo su esplendor cuando se presenta una ocasión propicia como ésta.

El jubileo de la Rda. Hermana Cherubina es para el Hospital Italiano una verdadera fiesta de gratitud, una de las pocas fiestas compatibles con la finalidad de su existencia, desde que en su monótono desenvolvimiento administrativo, un hospital no puede tener muchas razones colectivas para festejar algo; pero cuando es menester exteriorizar todo el reconoci-

miento que la Institución debe a una persona, cuando se desea reconocer todo el sacrificio de una vida; y esa vida sacrificada en el Hospital ha sido para derramar a manos llenas bondad y caridad, no se puede menos que festejar ese día como uno de los más hermosos en la historia de la Institución.

Quienes desde hace años estamos ligados al Hospital Italiano no lo concebimos sin la augusta figura de su dignísimo presidente el Ingeniero Don Luis Andreoni, y sin la simpática, esbelta y severa Sor Cherubina que durante cinco lustros -sin desmayos ni vacilaciones, sin orgullo ni prepotencia, sin rencores ni enemistades- sabe ofrecer todos los días y a todas las horas su inteligencia, su cultura y su bondad a todos los enfermos que tienen la suerte de estar bajo su asistencia. Estos enfermos -sin quererlo ni pensarlo- se someten en seguida a su dulce y severa voluntad, siempre llena de optimismo; e insensiblemente los lleva al convencimiento de su mejoría por la fe que ella sabe inspirar, por la esperanza que ella siempre inculca y por la bondad con que rodea todos sus actos.

El beneficio obtenido con esta conducta es de tanto efecto que simplifica y facilita la tarea del médico, estimula y acelera la curación del enfermo, satisface y tranquiliza a sus allegados, consuela y alivia al moribundo.

Tiene un tacto admirable para tratar con la gente; siempre dulce y tranquila en su palabra, no se altera jamás, ríe a menudo pero nunca llora, tal vez su fe se lo impida. Sólo una vez, cuando le comunicaron que la retirarían del Hospital, Sor Cherubina lloró y no pudo ocultar su llanto; la vimos llorar... y tal vez a pesar suyo comprendimos todo el amor que tenía por el Hospital Italiano y por sus enfermos.

Nunca ha querido abandonar su puesto de lucha en la cabecera del ser que sufre; y a pesar de todo lo miserable que ha visto y oído en su vida, la maldad humana no ha manchado jamás su inmaculada alma, como no se manchan las blancas alas de la mariposa que viene a librar en la flor nacida en el pantano.

Rda. Hermana Cherubina. Santísima Sor Cherubina:

Ayer, cuando fui designado para hablar en este acto memorable, experimenté dos sensaciones antagónicas: una de alegría y otra de pesar.

La alegría era producida porque debía ser yo quien os ofreciera este homenaje, vuestro compañero de muchos años, a quien tanto habéis ayudado con vuestras excelsas virtudes en el cuidado de los enfermos.

El pesar obedecía a la incapacidad sentida por no poder expresar con mi palabra todo lo que merecáis por vuestra virtuosa conducta, por vuestra vida de abnegación y de sacrificio, por todo lo que valéis como hermana y como santa mujer.

En nombre del personal técnico de la casa os ofrezco este homenaje y este recuerdo, declarándoos por nuestra voluntad BENEMERITA DEL HOSPITAL ITALIANO DE MONTEVIDEO.

Añosas remembranzas, en homenaje a los médicos del Hospital Italiano ya fallecidos.

Al volver nuevamente a esta casa después de más de 20 años de alejamiento, lo primero que surge una vez más en mi mente es el recuerdo del último compañero con quien compartí en el trabajo diario las alegrías siempre efímeras de los triunfos, y las tristezas siempre imborrables de los fracasos, en nuestra ardua e ingrata labor profesional.

Ruvertoni también me acompañó en el exilio con toda la satisfacción del deber cumplido en este Hospital, donde se comportó con altura caballeresca, con competencia técnica, y con el altruismo indispensable a todos los médicos que saben honrar su profesión.

Su prematura muerte nos privó de un amigo sincero y de un colaborador eficiente que sabía compartir responsabilidades y gustaba exponerse personalmente para defender los altos principios de la verdadera amistad.

Honor y gratitud a su memoria.

Entre los nombres de los médicos cuyo recuerdo permanecerá imperecedero en los muros de este edificio deben señalarse ante todo el de los primeros profesionales italianos vinculados a este Hospital: Jacobo Bottini fue el único médico que integró la primera Comisión Directiva de 9 miembros que surgió de la Asamblea del 23 de Abril de 1853, fecha de la fundación del Hospital.

La comisión del año 1854, de 42 miembros, contaba con dos médicos más: Angel Rossi y Bartolomé Odicini, pero estos tres primeros médicos vinculados al Hospital lo fueron más bien en carácter administrativo que técnico.

Recién 30 años más tarde aparecen los primeros médicos con carácter genuinamente técnico: Eugenio Cassanello, Francisco Colombo, Juan Crispo Brandis, León M. Morelli, Vicente Stajano, Juan Testasecca y Juan Triani, formaron la primera comisión médica asesora de aquella azarosa época que culminó en el año 1883 con la venta de la propiedad de la calle

Soriano y la adquisición del terreno de la sede actual. Esta comisión integrada después con los Dres. S. Alucini, G. Piovene, V. Taglie, G. Pugnalin, M. Viscido, D. Negrotto y A. Liveriero, constituyó el cuerpo de médicos y cirujanos italianos que prestaron sus servicios profesionales gratuitos, cuando el 5 de Junio de 1892 -bajo la presidencia del Dr. Crispo Brandis- el Hospital inauguró solemnemente la asistencia médica en este edificio.

Los medicamentos fueron suministrados gratuitamente por la firma Colombo y Ferrau; y el Farmacéutico Sr. Luis Colombo asumió desinteresadamente la supervisión de la farmacia.

Posteriormente figuran otros médicos italianos que fueron incorporándose a la institución y permanecieron vinculados a ella durante muchos años. Los nombres de Lebano, Vadora, Molino, P. Cuoco fueron familiares en esta casa, y alguno de ellos hasta no hace mucho tiempo.

Es justo recordar que todos estos médicos italianos prestaron servicios importantes en una época sumamente difícil para el país y para la modesta y laboriosa colectividad italiana que anhelaba unirse y ayudarse bajo el amparo de la bandera de la madre patria. Debemos a ellos perenne reconocimiento por su patriotismo y por sus desvelos.

En cuanto a los colegas uruguayos fallecidos cuyos nombres dejaremos impresos en estas paredes, debo señalar, además de Ruvertoni, a Garabelli, a Mérola, a Dighiero, a Isola, a Bordoni, a Crispo Acosta, a J. González, a Rinaldi, a Verocay, a Badellino y a A. Borrás, a quienes acompañé durante 23 años en las tareas de asistencia profesional en esta casa.

La actuación de Mezzera, de Nario y de De Boni está aún tan fresca en el ambiente hospitalario, que todavía se respira en su atmósfera el aprecio y la ponderación del valor profesional de estos distinguidos colegas, así como el dolor y el vacío que ha producido su lamentable desaparición.

Deliberadamente omití citar en esta lista de médicos compatriotas que hoy recordamos, el nombre de Ricaldoni, porque su actuación fue tan destacada que merece un comentario especial. En efecto, Ricaldoni fue el único profesional uruguayo que integró aquel cuerpo honorario de médicos y cirujanos ya citados que inauguraron el Hospital en el año 1892, figurando después como titular de la Sala "A" y como Director Sanitario del nosocomio.

La intervención de este eminente Profesor en las difíciles tareas hospitalarias del final del siglo pasado, fue brillante y eficiente. A su retiro de titular, en el año 1905, siempre quedó vinculado profesional-

mente al Hospital en carácter de consultante; y como tal nosotros todavía pudimos aprovechar su profunda erudición y su competencia excepcional, en casos de diagnósticos difíciles y tratamientos especiales. En sus múltiples cometidos prestó servicios profesionales muy valiosos, y el Hospital Italiano debe recordarlo como el primero entre sus primeros médicos.

Todos estos colegas ya desaparecidos, tanto italianos como uruguayos, contribuyeron eficazmente al incremento asistencial realizado en el momento de su actuación, y por tan señalada cooperación muchos de ellos recibieron distinciones honoríficas del gobierno italiano, especialmente aquellos que durante la primera guerra mundial prestaron sus desinteresados servicios profesionales en este Hospital, que a tales efectos puede considerarse un pedazo del suelo italiano; y además asistieron gratuitamente a las familias de los reservistas que acudían al llamado de la patria.

Evocarlos ahora significa acercarlos un poco a nosotros y hacerlos vivir a nuestro lado, con su pensamiento, con sus anhelos y con sus acciones; anotando las preocupaciones, los éxitos, las dudas y hasta los errores de sus obras, para que la experiencia acumulada durante su vida nos sirva de pauta en nuestra conducta ulterior.

El culto a los muertos ilustres, venerándolos en la memoria, enaltece nuestros sentimientos, nos hace más bondadosos, más prudentes y más respetuosos de nosotros mismos.

Y es en esta galería de los recuerdos -feliz creación de la actual Junta Directiva-, en este verdadero templo de nuestros manes virtuosos, donde se hermanarán, en los tiempos venideros, el espíritu de los muertos con el pensar de los vivos, y se podrán así analizar los hechos del pasado para realizar la acción del presente y la aspiración del futuro en ese constante devenir que se llama progreso.

Por eso considero útil recordar rápidamente como era el Hospital Italiano, desde el punto de vista médico, hace 50 años, para poder apreciar las mejoras realizadas desde entonces, -mejoras que continuaron ininterrumpidamente hasta hoy- proseguidas por los entusiastas colegas actuales que no desmayan en sus propósitos de constante perfeccionamiento profesional.

La circunstancia de ser yo -después del Dr. A. Eirale- el sobreviviente más antiguo de los médicos que durante muchos años han aportado su grano de arena en el mejoramiento técnico señalado, me autoriza a relatar brevemente cual era el panorama médico del Hospital Italiano en aquella época; y cómo se fue transformando la asistencia de los enfermos,

aunque inmodestamente tenga que referirme algunas veces a mi actuación personal.

Durante los primeros años del siglo, el Hospital Italiano, con su edificio de dos alas abiertas al Sud y sus cuatro pequeñas salas exclusivamente para hombres, se encontraba en condiciones muy insuficientes de medios asistenciales debido a las dificultades que seguía soportando, y por tanto estaba retrasado en los progresos que la medicina y la cirugía habían realizado en los últimos lustros. No había laboratorio de análisis, aunque en la farmacia se hacían algunos exámenes rutinarios de orina y existía un microscopio que se usaba para investigar bacilos de Koch en los esputos; no había Rayos X; no había más que un pequeño autoclave donde se esterilizaba la gasa; el instrumental quirúrgico era deficiente y se esterilizaba por simple ebullición en una pescadera; como campo operatorio se usaba un lienzo abierto al medio que se mojaba en una solución de bicloruro de mercurio; el agua se esterilizaba haciéndola hervir en una olla de donde se sacaba con un jarro que luego se dejaba en cualquier parte, para después ser usado nuevamente. Sólo había una pequeña sala de operaciones anexa a la Sala "D"; y un local ad-hoc situado entre las Salas "D" y "C" servía para las curaciones.

Las altas salas ojivales no tenían calefacción, pues el sistema inicial de aire caliente no había dado resultado y se había abandonado. En verano, y a pesar de la proverbial limpieza interior del edificio, en todas sus dependencias abundaban las moscas debido a que un enorme predio de la institución era destinado a tambo, y los establos estaban contiguos al lavadero y a la cocina del establecimiento.

El servicio médico interno se hacía por médicos italianos que aún no habían revalidado su título y por algún estudiante de medicina, de manera que toda la responsabilidad de la urgencia importante pesaba sobre los médicos titulares de sala quienes tenían que acudir al llamado urgente, tanto de día como de noche.

Tal era el clima médico que se vivía en el Hospital Italiano cuando en el año 1908, a propuesta de su presidente el Ing. Andreoni, la Junta Directiva me designó cirujano titular de la Sala "D", la más importante del establecimiento, pues como era semi-gratuita en ella se operaban enfermos de casi todas las sociedades mutualistas.

Los principios fueron duros; pero cuando un hombre a los 25 años se propone luchar, y se siente con capacidad y con fuerzas suficientes para hacerlo, vence fácilmente los obstáculos y consigue honorablemente el triunfo, siempre que haya sacrificio en los medios, honradez en el propósito y superación en la finalidad.

Con la ayuda y la comprensión del Ing. Andreoni, que no omitía esfuerzos en acceder a todo lo que fuera progreso y beneficio para la asistencia de los enfermos, conseguimos rápidamente aportar los elementos indispensables para realizar en satisfactorias condiciones una cirugía aséptica, a tono con medios de emergencia eficaces, y pidiendo a Europa instrumental moderno y un equipo completo de esterilización que empezó a utilizarse a fines de 1909, y prestó grandes servicios durante muchos años; algunas de sus unidades están aún en uso.

Garabelli, que era médico titular de la Sala "B", tomó a su cargo con gran entusiasmo la instalación del servicio de Rayos X, el cual quedó terminado en 1910. Fue uno de los primeros instalados en Montevideo; y Garabelli, con la competencia y la seriedad que lo caracterizaban, logró precisar diagnósticos dudosos y orientar así el tratamiento de muchos enfermos.

La importancia de estas dos adquisiciones fue tan altamente apreciada por la Junta Directiva que las fotografías de los gabinetes de esterilización y de Rayos X lucen respectivamente en las memorias correspondientes a los años 1909 y 1910.

Consiguimos instalar un laboratorio de análisis bajo la competente dirección del Prof. Justo González; y ahí ya se pudieron hacer exámenes físicos, químicos, bacteriológicos, parasitológicos, hematológicos y citológicos de gran utilidad clínica. Verocay fue después el anatomopatólogo del laboratorio.

De acuerdo con los conocimientos científicos de entonces, emprendimos una enérgica campaña ofensiva contra las moscas, y nos defendimos de ellas impidiendo en todo lo posible su entrada al interior del edificio. A ello obedeció la instalación de los vidrios azules que aún persisten en el corredor de acceso al actual pabellón de operaciones, pues en aquella época se insistía mucho en que ese color impide la penetración de moscas.

A los pocos meses la diferencia con la situación anterior se hizo ostensible, lo que nos permitió realizar tratamientos más correctos y emprender ciertas operaciones quirúrgicas que hubiera sido arriesgado ejecutar anteriormente.

La consecuencia de estas mejoras fue el acrecimiento asistencial inmediato que se produjo en el Hospital; y las memorias de aquellos años atestiguan dicho aumento en sus estadísticas.

El trabajo se hacía cada vez mayor, y como la responsabilidad quirúrgica pesaba casi exclusivamente sobre mis hombros, pues me sentía aislado frente a la importante cirugía que ya se podía realizar en buenas condiciones, invité a Mérola a acompa-

ñarme en la tarea y a compartir responsabilidades, con la debida aprobación de la Junta Directiva.

El ingreso de Mérola en la Sala "D" señaló una nueva etapa en su crecimiento quirúrgico debido a la excepcional habilidad operatoria de aquel perspicaz anatomista, lo que permitió que en el Hospital Italiano se realizaran todas las operaciones de alta cirugía de la época; y aún las de avanzada, aunque personalmente nunca tuve afecto por estas últimas.

La cirugía urinaria iba tomando gran incremento, especialmente en el hombre; y a pesar que nosotros realizábamos lo principal de esa cirugía, sentíamos la necesidad de incorporar al servicio un especialista moderno, con perfecto conocimiento de los últimos adelantos en urología, y fue así como Surraco ingresó al Hospital; y desde entonces está desempeñando un rol tan importante en esta casa, que nadie puede desconocer; su saber y sus triunfos han dado fama al servicio urológico del Hospital Italiano de Montevideo.

Luego, con la habilitación de nuevos servicios, la significación del centro quirúrgico del Hospital Italiano se hizo tan manifiesta, que le cupo el honor de ser la sede de las primeras reuniones de la Sociedad de Cirugía de Montevideo, realizadas por iniciativa del actual Profesor Stajano, entonces joven y entusiasta cirujano que ya mostraba sus relevantes aptitudes.

En lo referente a Medicina General, la incorporación de Bordoni al elenco de los médicos titulares de Sala significó un progreso indiscutible en la asistencia de los enfermos, pues aquel joven y erudito profesor, con su brillante y rápida carrera docente, hizo honor al Hospital Italiano por su abnegada dedicación y por su gran sentido clínico. Por desgracia, su precaria salud lo alejó prematuramente de la primera fila, y su temprana muerte, acaecida cuando todavía tanto podíamos esperar de él, nos privó de un verdadero amigo y de un colega honesto, sabio y consciente.

Los años 1915 y 1916 fueron memorables en la historia de este Hospital por haberse realizado obras importantes, como lo son el pabellón de administración; los servicios asistenciales de mujeres y de algunas especialidades; el pabellón de operaciones; el ensanche de la Sala "D", llamada desde entonces "Filippo Sanguinetti"; y una real mejora de los servicios auxiliares como calefacción central, cocina, horno incinerador, lavadero mecánico, etc.

Esta ampliación fue planeada y ejecutada por el Ing. Andreoni con toda su capacidad técnica y experiencia profesional; habiendo sido asesorado por los cirujanos titulares en la concepción del pabellón de operaciones, que si tiene defectos ellos deben ser atribuidos a nuestro autodidactismo en el asunto.

Creo sin embargo que este pabellón, modificado de acuerdo a las exigencias actuales, sigue aún prestando satisfactorios servicios, y en la época que fue construido era sin duda uno de los buenos de Montevideo.

Otros de los colegas fallecidos cuya memoria hoy recordamos, y algunos de los más viejos entre los médicos titulares actuales, así como honorables integrantes de la Junta Directiva, también contribuyeron eficazmente con su capacidad y con sus consejos a llevar a feliz término esta obra de ampliación general del Hospital, lo que permitió después vivir una nueva era de seguridad y de comodidad en la asistencia de los enfermos.

Otro elemento que intervino a su vez en el progreso asistencial de aquella época fue la incansable y eficaz colaboración de las Hermanas Capuchinas, especialmente de la Reverenda Hermana Cherubina, cuya piadosa abnegación dedicada enteramente al alivio del dolor humano durante medio siglo bajo el mismo techo, la hacen acreedora al más elevado reconocimiento de esta Institución.

La situación financiera del Hospital Italiano no era por cierto muy brillante durante los primeros lustros de este siglo, puesto que su cometido era consagrado casi exclusivamente a la asistencia hospitalaria gratuita y semi-gratuita, disponiendo solamente de muy limitadas habitaciones individuales para asistencia sanatorial de enfermos pudientes. Las entradas por concepto de asistencia eran por consiguiente muy reducidas, y los gastos del hospital se podían solventar debido al aporte realizado mensualmente por los socios y a la filantropía de algunos benefactores cuyo recuerdo luce en los distintos ambientes del edificio; debido también a la buena administración de sus directores y a la economía que tanto autoridades como hermanas de caridad realizaban con ejemplar dedicación y reconocido encomio.

Recuerdo por ejemplo que la vereda del hospital sobre el Boulevard Artigas demoró muchos años en construirse por existir un hábil contrato con el Municipio según el cual el Hospital pagaría solamente la mitad de su costo; y como la Intendencia nunca se determinaba a colaborar en la ejecución de la obra, la Dirección del Hospital no se consideraba obligada a realizarla; y pudo así diferir un desembolso cuantioso durante muchos años, inversión que hubiera sustraído beneficios y comodidad a los enfermos.

Algunos Señores de la actual Junta Directiva tal vez recuerden aquellas épocas de grandes sacrificios.

Después vinieron tiempos mejores; y gracias a valiosas donaciones de benefactores altruistas, así como a la importante suma obtenida por la expropiación

del terreno que se extendía hasta el Hospital de Niños, se pudo iniciar -en el año 1915- la ampliación señalada anteriormente.

Comenzó entonces a tomar incremento la orientación sanatorial de la Institución, lo que permitió contar con nuevos recursos para atender los gastos cada vez más crecientes del costo diario de los enfermos; y esta orientación sanatorial ha sido llevada en los últimos lustros con inteligencia, con empeño y con acierto, tanto de parte de la Junta Directiva, que se preocupó y se preocupa constantemente en dotar al Sanatorio de nuevos pabellones y de las más modernas instalaciones, como por los médicos actuales con su competencia técnica y con su dedicación esmerada.

Ambos cuerpos mancomunadamente han logrado hacer del Hospital Italiano uno de los principales

centros asistenciales del país, para honor de la Colectividad Italiana del Uruguay y para gloria de los colegas que tienen la satisfacción de figurar en el cuerpo médico actual.

Al recordar hoy a las ilustres figuras desaparecidas que tanto empeño y desinterés pusieron en horas aciagas, cúpleme también felicitar a todos los diligentes integrantes actuales de esta institución por el progreso realizado en los últimos años, y hago votos para que con buena comprensión y perfecto entendimiento entre todos los colaboradores -tanto administrativos como técnicos- logren superar constantemente el éxito asistencial ya conseguido, y mantengan el alto espíritu de *patriotismo*, de *humanidad* y de *altruismo* que los italianos de este país han querido imprimir, desde hace 100 años, al Hospital Italiano de Montevideo.